

Orientaciones de la educación argentina.

Debo despedir á los alumnos que anualmente egresan de la casa, hablando con recelos explicables desde la alta cátedra que tantas veces ilustraron los fundadores de la educación argentina, con la autoridad que dan la ciencia y la experiencia de las vidas dedicadas al bien público.

Justos son por cierto, los recelos si se piensa que la sociedad del Paraná, desde hace treinta y seis años, presta á la escuela su confianza, su opinión y sus mejores anhelos, haciendo de sus aulas y de sus enseñanzas, no obstante su orientación laica definida, línea neutral para todas las pasiones políticas y religiosas, símbolo de verdad y de paz para las generaciones que pasan y núcleo de iniciativas germinadoras, de ideas de cultura que fueron cayendo como lluvia fecunda en el amplio terreno de esta nación, esterilizado por la tiranía primero y la anarquía después.

Es natural el temor de las graves responsabilidades en los que dirigen la casa, cuando se invoca el pensamiento y la acción de tantos maestros cuya sombra prolongada gobierna y vive entre recuerdos y tradiciones como los ángeles guardianes buenos del creyente; de tantos servidores decididos del país que predicaron el evangelio de Horacio Mann y de Sarmiento, con esa esperanza lejana y luminosa de los trabajadores espirituales que labran silenciosos la conciencia de la multitud y esperan vivir en la memoria de los demás si los ideales que forjaron no fueron quimeras vanas y engañosas.

Así, mi primer deber ha de ser una palabra de justicia para los directores Stearn, Torres, Ferrari, Carbó y Herrera que han levantado lentamente la institución; y un recuerdo de gratitud para aquella primera generación de maestros eximios, que dieron á la casa sus mejores años: Lauria, el sabio calculista de Gould; Scalabrini, el pensador que tan profunda huella ha impreso en el espíritu del profesorado argentino; Milicua, el más docto y el más modesto al mismo tiempo de los maestros de la casa; Bavio, el más entusiasta y viril; Soler, Lafferriere, Goldney, Dupuy, Mis Edeski, señorita Lelong y tantos otros que entre sus muros encendieron la lámpara del ideal cívico, de

las verdades indestructibles de la ciencia, de las vocaciones inquebrantables en la aun difícil docencia argentina.

Imponente es el espectáculo de los progresos realizados en materia educacional. Gracias á la influencia de las Escuelas Normales que tomaron á la del Paraná por modelo, se ha cumplido gran parte del programa de Sarmiento: las formas orgánicas de la Escuela Primaria, su legislación avanzada, un porcentaje superior al de cualquier nación suramericana, y una convicción arraigada en los hombres públicos de que toda política sana implica un sistema definido de educación; tales son los resultados concretos de la evolución durante medio siglo de labor.

Agréguense á esos hechos visibles, los datos que se refieren á educación secundaria, profesional y universitaria, las bibliotecas que inician por segunda vez su vida lenta pero segura, la prensa ilustrada que es cátedra popular, la vida bulliciosa de los centros gremiales, las conferencias públicas, las escuelas nocturnas, las escuelas especiales de guerra, de agricultura y de comercio, la venta fácil del libro, la generalización de la cultura especial y profesional de la mujer, la vulgarización de los idiomas europeos que aumenta los horizontes de la inteligencia en todas las clases estudiosas, la celebración de congresos científicos, de certámenes literarios y de conferencias dogmáticas; todo esto que educa al pueblo y abre campos inmensos á la actividad, cómo se ha vulgarizado en nuestro país, lo dicen sus estadísticas, sus revistas y la enorme circulación de ideas que á diario entra por todos los sentidos del alma nacional, definiéndola y orientándola «Enseñad á leer á vuestros niños y tendréis carga para vuestros ferrocarriles», decía el apóstol de nuestra democracia. Bien. Nuestros productos están abarrotando nuestros puertos y estaciones y apenas si hemos conseguido un 66 0/0 de la población escolar para las aulas; ¿hemos llenado el programa de Sarmiento, el ideal de Alberdi, los nobles entusiasmos de Avellaneda, el sueño visionario de Rivadavia?

Observemos. «La última estadística oficial que nos ha llegado de los Estados Unidos al comenzar el año 1906, arroja un total de 18 millones y medio de educandos, de los que 17 millones pertenecen á las escuelas primarias, sobre una población de 80 y medio millones de habitantes y una población de 23 y medio millones de niños de 5 á 18 años de edad. Es decir, que aquella gigantesca nación tiene en sus aulas un 19 0/0 de su población total y un 86 de la escolar, quedando aún fuera de las escuelas 4 y medio millones, y siendo en esto inferior á Alemania que ha alcanzado un 25 0/0, es decir, la totalidad de su población escolar.

Para servir aquellas enormes cifras que el secretario Barnard considera insuficientes, se emplean 460.269 maestros, más que toda la población de Entre Ríos, siendo una tercera parte varones y dos tercios señoritas, y correspondiendo 45 alumnos más ó menos por maestro. El presupuesto total del Gobierno Federal de los Estados y de los Municipios se eleva á 1445 millones de dólares, y de esta suma 376, se invierten en educación solamente, es decir, un 38 0/0 de su renta total. Para renovar este ejército, la nación dispone de 1205 insti-

tutos pedagógicos, de los que 268 son Escuelas Normales, con 93.000 alumnos-maestros, de los que se gradúan 14.855 maestros todos los años, correspondiendo 10.360 á las normales. Aun así, no se alcanza á cubrir el total de 580.000 maestros que el secretario pide para destruir el analfabetismo é influir en el establecimiento de la paz del mundo y el progreso de las naciones.

Comparemos ahora estas cifras con las nuestras.

La población total puede estar calculada ya en seis millones de habitantes, lo que induce á creer que la escolar no baja de un millón doscientos mil niños, tomando la edad escolar de 6 á 14 años y no de 5 á 18 como E. U. De ese número, solamente educamos unos ochocientos mil más ó menos, esto es, un 66 % de la población escolar ó un 13 % de la total.

Para esa labor empleamos 5000 escuelas y 14.300 maestros, á lo que debiera agregarse el cómputo de las escuelas fundadas por la ley Láinez, que nuestras deficientes estadísticas aun no nos han dado á conocer. Solamente una tercera parte de estos maestros tienen título y nuestras escuelas normales apenas si suministran trescientos y tantos maestros anualmente.

¿Cuánto gasta el país en educación? Las leyes de presupuesto para los años 1906 y 1907 atribuyen á la nación un gasto autorizado que va de 200 á 230 millones de pesos, invirtiendo en educación una suma que gira de 30 á 33 millones, es decir, un 10 % de su renta, en vez del 38 % que emplean los E. U.

Las provincias que en conjunto tienen un gasto administrativo de 51 y medio millones de pesos, invierten ocho millones de sus rentas propias, excluyendo los fondos que reciben por la ley de subvenciones, es decir, cerca del 14 % de sus rentas, en vez del 10 % de la nación.

Sin embargo, con este esfuerzo meritorio, ahí está la estadística asignando al mayor centro de cultura, la Capital Federal, un 12 % de analfabetos sobre su población escolar; á los Territorios Nacionales un 69 %; á Buenos Aires un 32 %; á Santa Fe un 32 %; á Entre Ríos, según manifiesta la última estadística, un 24 %; á Corrientes un 43 %; á Córdoba un 51 %; á Mendoza un 48 %; á Tucumán un 32 %; á Catamarca un 44 %; á La Rioja un 52 %; á Santiago del Estero un 62 %; á San Juan un 34 %; á San Luis un 58 %; á Salta un 58 %; á Jujuy un 53 % de analfabetos. La simple enumeración de estas cifras demuestra que del punto de vista del número, la nación necesita duplicar sus esfuerzos para no perder el equilibrio en la civilización continental.

Pero abandonando esta faz del problema educacional en la República, ahondemos el análisis, aportando á la observación de los hechos sociales otro sentido de la cuestión, el sentido político, que nos lleva á buscar las relaciones que pueden tener en la práctica de las instituciones republicanas, la masa popular, rural y urbana de nuestra incipiente y moveliza democracia, con el silabario, el maestro y la orientación general de las nociones enseñadas.

He visto en las montañas del Aconquija, visitando las escuelas de los valles que en otro tiempo habitara la raza calchaquí, el fenó-

meno del horizonte, del aire y de las perspectivas cambiado con las alturas, y nunca he comprendido mejor que allá la superioridad del pueblo ó del hombre, elevado por el proceso de las transformaciones cerebrales que da la educación y el estudio, en la actividad en los pensamientos y en los sentimientos.

Al pie del primer morro, ahoga el calor, la luz se va antes del día y la vista está limitada y el mundo termina aquí cerca, casi al alcance de nuestra mano, sin el peligro de hundirse en el precipicio ó de perderse en la selva. Pero ascendes el primer morro y ved el horizonte agrandado, las nubes que forman tempestad á lo lejos; otras alturas hermanas de las nuestras, el aire más puro y más enrarecido, la vegetación más extraordinaria, el silencio más solemne; lo suprasensible en pleno sol aproximándose á nuestra carne, á nuestros nervios, á nuestro espíritu . . . Ascendes un morro más, dos, tres, veinte y la ansiedad aumenta, las medidas cambian, la visión se transforma. Ya no hay mulos que pastan en ladera solitaria. En el último morro, solamente moran la nieve y las águilas. Ellos están por sobre la tempestad, dominan el hormigueo de seres que se agitan en las simas é indiferente á la bestia, al bosque, al odio y á la nube, se acercan al sol y viven y se deshacen en las funciones de su imprevista luz . . .

Así es la altura que los individuos y los pueblos ascienden, camino de sus destinos de gloria. Al pie, en el valle, se está bien; ¿quién lo duda? La vida patriarcal, los cerebros estratificados; el corral, el rodeo, la pampa sin árboles desolada y triste, la noche sin ruidos, el día sin disputas, la miseria alegre y satisfecha. Se reza, se come, se carnea y se duerme. Se ama al prójimo como á sí mismo, ni más ni menos, se detesta la herejía, se teme al diablo y al ferrocarril. Ni gringos, ni fábricas; se paga al receptor, se obedece al comandante y se bebe en los carnavales. « ¡Cuán descansada vida, la del que huye el mundanal ruido! . . . »

Subiendo y en lo alto, los matices cambian. Primero se ve que toda altura es relativa y superable siempre; vése á los que suben, á los que fracasan, á los que caen; los hombres están en mayor número, los intereses son más encontrados, la vida más batalladora, la colectividad está por sobre los individuos, la humanidad por sobre los intereses transitorios de la sociedad. En vez de la estancia, la ciudad; en vez de la siesta perezosa el martilleo de la fábrica; en lugar del cuatrero y la meleada clásica, la colonia agrícola y el intercambio; donde fué la yerra, el club social, la biblioteca y la escuela; en lugar del buey que arrastra, el vapor que hiende el aire haciendo estremecer las mieses en sazón. ¡Cómo es solemne la soledad de la altura, y cómo es radiante la visión de sus horizontes, el espejismo de sus mirajes; y cómo es pura la dicha de la vida, allí donde los pueblos ni los hombres se odian, donde la razón convence, donde la justicia es el pan de cada día y donde el pecado, la ignorancia y el crimen pastan como mulos que bajan la ladera y el bien en sus formas materiales y morales, en el ideal que agranda las almas con todas las noblezas y con todas las abnegaciones, sube siempre alumbrando, confortando, eternizando el concepto, la ley escrita, el código religioso, en-

caroados en nombres que la humanidad corona con nimbos de luz inextinguible. . .

Abajo, en el llano, husmea el ave negra de los tribunales, el juez ignorante y venal, el sacerdote simoníaco, el medrador de oficinas, el negociante fiscal, el legislador servil, el demagogo insanable, el periodista de bajo precio, el artesano alcoholista y pependenciero, eterno habitante del comité, y la masa inconsciente, blanda, sumisa ó anarquizada, sin oficios, sin iniciativas, sin necesidades, sin ideales.

Arriba, la masa fuerte por el número, reivindicadora de sus derechos, con mayoría parlamentaria en las grandes naciones europeas; la ley en mano del estadista y del patriota, la pureza en la vida privada y pública del funcionario; transformando el campo y cultivando la heredad; arriba la legión de los trabajadores del arte, de la ciencia y de las industrias, rompiendo zarzas y plantando luminarias, mientras del corazón fuerte y alegre del pueblo surge el clamor que el poeta ha escrito en la bandera de aquella civilización de carbón el hierro: EXCELSIOR!

Existe, pues, esa influencia real de la cultura sobre la masa, y en algunos casos tan profunda, que ha trascendido hasta siglos como en el pueblo judío, ó ha creado nacionalidades orgánicas como en el caso de Alemania. Si la diferencia entre el hombre levantado por la escuela primaria no existiera, se identificarían las hordas de Quiroga á los ejércitos de la tiranía con la masa de hombres fuertes que organiza las resistencias gremiales, que crea los grandes capitales, que enseña desde la cátedra y gobierna desde el cuerpo legislativo ó el comicio. Lejos estamos de la anarquía del año veinte, del abyecto servilismo del año cuarenta y aun de la crisis económica del 74; pero estamos muy próximos á la crisis política del 90 y tal vez llega hasta nosotros el polvo de los odios y de los desenfrenos de aquellos días tristes y oscuros.

Es que el mal como el porvenir que la América elabora, están en el cosmopolitismo que todo lo invade y lo contagia.

Sobre las cenizas de la tradición patria se han levantado las clases conservadoras, ahogando los símbolos y los ideales, y con el áureo brillo del bienestar que trae el trabajo productivo de nuestros campos; con el humo de las fábricas y la pintoresca arquitectura de nuestras ciudades en formación, las pasiones cívicas se esfuman, las instituciones entran en el número de las mentiras convencionales y hasta la cátedra libre ha roto en pedazos su libertad y su decoro, trepando en ella el espíritu del lucro y el sofisma, la metafísica del disimulo, una ciencia en que no se cree, el oportunismo del éxito inmediato, el desencanto, el escepticismo por los grandes deberes, por las grandes esperanzas, por los altos ideales.

Contra el egoísmo de las clases conservadoras que guardan el interés material de la nación, han reaccionado violentamente y por repetidas veces el interés moral y el institucional de esta democracia tan elegida de aquella república soñada por nuestros antepasados.

Hemos desmontado la selva y sembrado la llanura, dando paso al ferrocarril; pero la conciencia colectiva, el Soberano de que habla Sarmiento, lo buscan aún las leyes liberales que nos rigen, el comicio, el municipio y la iniciativa individual. Como ha dicho un reciente observador nortamericano, gobierna una aristocracia intelectual formada para ese objeto en las universidades. No existe en el hecho la reacción del conjunto sobre las cabezas directivas. Y fácil es inducir que la educación, encargada de formar las unidades sociales, lleva la mayor responsabilidad en este caso de abulia colectiva. Los cuákeros con su Biblia y su conciencia, imponiendo su ley moral y política á 80 millones de hombres, van por otro camino seguramente.

Pero es que el organismo educacional mismo sufre desde hace algunos años la crisis de una anarquía sin ejemplo. Recorred los claustros universitarios, vosotros los que habéis aprendido sin prejuicios ni maestros, y allí entre la teología abstrusa de su pretendida ciencia social, oiréis las más flagrantes contradicciones entre principio y principio; desde los geómetras que combinan las propiedades del éter con el aniquilamiento de la materia y la geometría de cuatro dimensiones, desde los que entretienen la imaginación de su auditorio, explicando las teorías de Maxwell sobre el dominio del calor y la luz, hasta los que hallan microbios, como el discípulo de Koch, en las sílabas sin vocales de los alemanes, hasta los comentadores incipientes del contrato social. Y si falta la orientación definida, el espíritu de síntesis, y prima la especialización, el detalle pueril ó la desviación fundamental, falta más aun su régimen disciplinario y administrativo, pues el país entero sabe que en este momento las grandes universidades son la mejor cátedra de conspiración y de violencia y de palmarias contradicciones entre la ciencia que allí se aprende y la vida de nuestros hombres públicos, cuando la aplican.

Y tanto como es defectuosa y reclama urgentes medidas la educación universitaria, las reclama, las demanda imperiosamente la educación secundaria y normal, ya que la especial, por sus formas de adaptación y diferenciación conveniente, se encamina sin obstáculos á sus objetivos definidos.

Más que reformas, la educación exige formas estables: planes de estudio colocados entre un utilitarismo necesario y un idealismo imprescindible; la ciencia demostrada como dogma, la formación del profesorado secundario, su estabilidad, su remuneración equitativa y progresiva, su preparación; los métodos que aun no han dado en la educación secundaria el paso capital que han dado en la primaria; pero por sobre todo, la vulgarización del concepto de que la educación es obra unitaria, donde el Jardín de Infantes puede enseñar á la Universidad. Para el maestro, para el padre de familia y para el estadista, no hay sino pocos puntos de mira en esta cuestión: el mundo que se contempla y se analiza en sus leyes orgánicas y en su evolución y en la reacción del hombre que lo modifica; la vida que gira desde la piedra que duerme hasta el cerebro que sueña en la inmensa escala de los seres creados, y el alma y

sus productos que la ciencia estudia ya en el repliegue recóndito que cubre la «cúpula sublime», ya en el proceso de las relaciones que crea el fenómeno social, ó ya en los desdoblamientos de la conciencia moral que escucha los latidos y los impulsos del mal, del bien, del deber, del honor, del pudor, de la abnegación y de la virtud.

Más que reformas la educación exige orientaciones serias que no confundan su acción con los sectarismos deletéreos y perturben la formación del ente moral con la invasión de otros factores que tienen su explicación como el factor religioso, pero que, incrustados en el organismo educacional, exponen la colectividad á las regresiones detestables, de cuyas consecuencias tenemos ejemplos recientes en la historia europea y americana.

Y bajo este último punto, no debo disimular el empeño con que los elementos reaccionarios de viejos prejuicios y banderas religiosas buscan por todos los medios transformar la cátedra religiosa, buscando su empeño en un pretendido constitucionalismo tan alejado de toda política sana como de toda verdad institucional. Por el interés de la civilización argentina y por el espíritu de nuestras leyes liberales, debemos protestar contra ese designio. Ustedes, no aquilatan el mal que se hace al país auspiciando la existencia, el arraigo de un clericalismo exaltado, protegido por el Estado, con un pie en la enseñanza pública y otro en la conciencia de la mujer, nos decía Ferrero en su visita á esta ciudad.

No pretendo, por otra parte, que estas casas se conviertan en escuelas de volterianismo superficial é inocuo, de prédica anárquica y demoleadora, de banderas rojas que ya han hecho su evolución en la historia del espíritu humano. Lo que el Estado debe exigir de ellas es la doctrina sana, la conducta ecuánime, la asimilación completa de los pocos principios científicos que orienten hoy y mañana la conducta. La civilización contemporánea ha progresado lo suficiente para no confundir las conveniencias de la razón pública en equilibrio, con los negativismos atrabiliarios ó los dogmatismos intransigentes.

El mundo es teatro de una inmensa lucha de sistemas y de ideales, cuyo proceso de integración y desintegración, de disolución y de organización constituye en el fondo el carácter de los pueblos, proceso que no mata ideas ni ideales sino sustituyéndolos por otros superiores.

En esta inmensa elaboración, la educación no puede, ni debe, sin conspirar contra elementales nociones de libertad espiritual, sino arrimar elementos, ideas, hechos, sistemas, al análisis del educando, que realiza, mientras fortalece su espíritu, por un proceso de crítica conveniente, la selección de lo que conviene á sus intereses materiales y morales.

Siendo su objeto principal la formación del elemento docente, las Escuelas Normales no pueden, ni deben tener otra orientación que la ciencia que independiza el criterio; la ciencia que suministra á la acción material sus mejores instrumentos; la ciencia que ha desarrollado los métodos de inducción del saber positivo, por cuyos cami-

nos la Humanidad va llegando á la tierra de promisión, con la carga consoladora de sus ideales.

Pero grave error cometeríais, jóvenes profesores, si creéis que bastan á la educación las fórmulas escuetas de esa ciencia y que el alma de vuestra nación puede enderezarse solamente con los misterios del cuadrado de la hipotenusa, como dice una mujer espiritual. Sí, la ciencia, pero la ciencia que va amarrada al ideal colectivo; el álgebra, pero el álgebra que el obrero ocupa en sus motores, no la trivial ecuación que enorgullece y enceguece; la química, pero la química de Berthelot no la del Fausto; la demostración, pero aquella alta demostración spenceriana ó comtiana que aun no ha llegado á nuestras universidades.

El problema más trascendental de la educación moderna es el de sugerir los altos ideales de la vida. Cuando el ciudadano ó el pueblo han hallado su camino, han creado una necesidad, han comenzado un propósito, están salvados: como el antiguo teutón, escriben en su pica su historia: «ó encuentro un camino ó me abro uno».

Millones de niños durante años enteros han oído lo que miles de maestros y de madres digeran al oído, mientras palpitaba el corazón con el recuerdo de las glorias y de las sombras venerables: economiza tus energías para ser el más sano, el de más larga vida, el de mejor humor de tu pueblo; trabaja para llegar al millón; estudia hasta la plena independencia del espíritu; sirve á tus conciudadanos hasta ser presidente de la República; legisla, inventa glorificar la libertad y el poder material; ama á tu familia hasta llevarla al más alto bienestar; ama á tu país para que sea y haga lo más grande de la historia, *the greateast in the word*; millones de niños oyeron la consigna y millares de maestros llevaron á ese pueblo el convencimiento de que debía limitar al norte con el polo norte, al sur con el polo sur, á ambos lados con el naciente y el levante del sol. Y ese pueblo admirable sigue creyendo y actuando con los ideales que le sugirieron sus educadores....

Grande es el campo de acción destinado á las nuevas generaciones de maestros y profesores. He señalado solamente algunos de sus aspectos dignos de atención, que tal vez convengan á todos los que en las Repúblicas americanas trabajan por la cultura pública. Seis de los profesores que hoy egresan de la casa, fueron enviados por nuestra hermana la nación paraguaya, que hoy inicia un amplio movimiento civilizador en su viabilidad, en sus instituciones y en su educación. Indecible sería la recompensa para nuestro país y para esta escuela, si la fama trajera luego los ecos de sus nombres, con la fundación de innumerables creaciones, en alto el mismo trapo que envolviera el cuerpo frío de Sarmiento.

El programa ya no puede ser el de hace medio siglo: una cruz elevada en el desierto y una cartilla como luz solitaria de la aldea colonial. El programa actual es más vasto, porque es más complicado y llama con mayor energía las vocaciones sociales, porque es más difícil. Los que á llenarlo entregan su vida, deben contar con la lucha fuerte, con el amago permanente de las preocupaciones y de las dificultades y con las recompensas tardías de los benefactores públicos.

Al salir las muchedumbres de las representaciones de Esquilo, dice un escritor, los griegos golpeaban sobre los escudos colgados á las puertas de los templos gritando: Patria, Patria.

La aspiración de América es que los ciudadanos al salir de las aulas para representar el gran drama de la vida moderna, golpeen sus escudos de combate, gritando al porvenir: libertad, república, progreso, civilización.

MAXIMIO S. VICTORIA.

Director de la Escuela Normal de Profesores del Paraná.